

DON MARIO: SU IDEA DE CRISIS EN LECTURA POSMODERNA

*Perdomo, Camilo**
Universidad de Los Andes-Trujillo

SOBRE LAS CLAVES POSMODERNAS

En el mundo de la literatura y de las ciencias sociales se tienen distintas nociones de la modernidad, modernización y modernismo. Ello influye cuando se usan enunciados de posmodernidad y posmodernismo. Lo cual tiene sus consecuencias epistemológicas. Eso no tendría importancia a condición de admitir que la epistemología implicada no tiene ninguna importancia en el acto de conocer ciertos escenarios y eventos históricos desde donde se producen esos enunciados. Pero como vivimos en un mundo definido por la pluralidad de términos e imágenes que ellos arrastran, tiene pertinencia referirse al sentido de las frases que buscan algún concepto o determinadas definiciones en un contexto histórico-social determinado. Por modernidad se entiende, para este trabajo, un proyecto filosófico nacido en Europa en el siglo llamado “de las luces” y que tiene como centro el uso de la razón.

Entre sus promotores clásicos se menciona a Descartes, Kant y Hegel, mientras que entre los críticos de esa manera de leer el mundo se menciona a Nietzsche con su juego metafórico: “Dios ha muerto”. La modernización es el proceso mediante el cual los resultados de la ciencia se aplican a través de la técnica y la tecnología, mientras

que por modernismo (y en esto la cultura de los diccionarios no tiene muchas diferencias) se entiende un movimiento plural literario-religioso hispanoamericano y español que se da en el siglo XIX y principios del XX. En el caso religioso fueron las tendencias dirigidas a renovar la exégesis, la doctrina social y el gobierno de la iglesia para ponerse en concordancia con el proyecto de la modernidad ilustrada y las necesidades de ese momento. No por simple azar la jerarquía religiosa vio a la modernidad como algo cercano al ateísmo y por lo tanto enemiga de Dios.

En la literatura latinoamericana se dice que el modernismo debe su nombre al poeta nicaragüense Rubén Darío (1999: 305-313) quien bajo cierta influencia de lo que ocurría en Europa acuñó ese término. Desde esta perspectiva y en acuerdo con su epistemía, lo que viene luego del modernismo se denominaría Posmodernismo. Con esto se intenta señalar el avance de esa corriente del pensamiento en el siglo XXI y al respecto existe una amplia producción literaria que lo confirma en su manera de leer la nueva literatura. Por lo que no es admisible su neutralidad con el término posmodernidad, como algunos pretenden asimilar en su sentido y juegos de lenguaje y, como algo colocado (sin mucho debate) luego de lo que

*Profesor jubilado-investigador de la Universidad de Los Andes. Miembro del Centro de Investigaciones Literarias y Lingüísticas “Mario Briceño-Iragorry”. Conferencia dictada en el Seminario: *De Antonio Nicolás Briceño a Mario Briceño-Iragorry: Construcción de la Memoria Histórica*, celebrada el 22 de Octubre de 2009 en la Universidad de Los Andes-Núcleo Trujillo. El texto fue solicitado, arbitrado y aceptado para este Seminario. E-mail: camiloperdomot@gmail.com

viene de las tendencias críticas al discurso filosófico de la modernidad. J. Habermas en este sentido es una referencia obligada para entender esta polémica. Es por esto que aquí se aclara esa sutil diferencia, sobre manera porque evidencia consecuencias epistemológicas importantes para cualquier análisis o crítica literaria.

En este sentido, el discurso posmodernista tiene pertinencia teórica en los ambientes literario-religiosos, mientras que el discurso posmoderno toca aspectos de la política, la historia, la sociedad y las ciencias humanas. En acuerdo con estas ideas es que el artículo en curso da ese tratamiento al texto (*Mensaje sin destino*) de Mario Briceño Iragorry. Ya el sólo título cumple con esa idea posmoderna del “todo vale” y desde el cual la idea de futuro es un contrasentido. Pues ¿dónde queda el destino? Aclarado este aspecto, se toma del discursos posmoderno (hay diferentes y variados autores con una amplia bibliografía desde 1984 en adelante) para el propósito de este trabajo. Se utiliza la versión original de Jean F. Lyotard (*La condición posmoderna*, 1987, Cátedra. Madrid) donde se muestra la complejidad generada por el hombre en la producción social del conocimiento. Este autor supo relacionar el crecimiento de la sociedad informatizada y sus consecuencias para desintegrar identidades e interacciones sociales que la modernidad industrial no previó.

Con Lyotard la posmodernidad es un discurso que critica el proyecto de la modernidad desde la aparición de los juegos de lenguaje, la pluralidad de reglas, el vacío ético en expansión y la crisis de los macro relatos que explicaban la sociedad, la literatura, la historia, la política y el humanismo. ¿Qué cambió en consecuencia? Según Lyotard, todo; porque los estatutos epistemológicos modernos dejaron de explicar el todo y sus partes y la razón ha probado con las guerras y el cuadro de miseria globalizada ser incapaz de regular la exclusión, la explotación y la coerción entre los humanos. Las claves de su discurso

son; caos, azar, complejidad, particularidad, incertidumbre, crisis de verdad, muerte de los saberes, pluralismo, diversidad, complementariedad. En fin, todo lo referido a la legitimación de un saber absoluto, duro y consistente, como lo pensó el proyecto filosófico de la modernidad en la ciencia y la técnica sufrió una inversión, tanto de contenidos, de contextos, de escenarios y de sujetos epistemológicos. Nació así la desconstrucción en tanto vía de análisis y de crítica. Es por ello que el debate posmodernidad-modernidad no sólo es la polémica de hoy sino que se inició hace tiempo. (1988:9-13)

Pudo escogerse cualquier autor venezolano con una obra explicativa del la modernidad iniciada con la cultura del petróleo, como al antropólogo Rodolfo Quintero le agradó definir ese clima cultural donde Venezuela pasó de ser productor de cacao y café a vendedora de petróleo. Se seleccionó a Don Mario por la pluralidad de lecturas que su obra permite y por ser un intelectual y político nada neutro con su tiempo. En este sentido, aproximarse a la obra ancha y ajena de él y para quienes lo conocieron en vida, implica tocar una franja de la interpretación intelectual de Trujillo y Venezuela. Pensador que dominaba bien el juego de palabras, lector de Nietzsche, con un estilo crítico evidente y conocedor del arte del ensayo literario, supo imprimirle a su obra la angustia política por la sociedad de su tiempo. En este autor se combinan bien las metodologías de la búsqueda del dato antropológico con la señal social de un acontecimiento, de un evento, donde las generaciones por-venir puedan leer y leerse ellas mismas. El objetivo a lograr es reinterpretar uno de sus textos más conocidos: *Mensaje sin destino*, a la luz de ciertas claves postmodernas anunciadas anteriormente. Ello para distinguir su actualidad, sacarle el jugo teórico y mostrar un lado debatible entre el pensador del diálogo y el crítico de su tiempo.

LA OBRA DE DON MARIO NO ES NEUTRA

En el texto escogido la idea de modernidad entra con otros términos: progreso, desarrollo, cambio social, diálogo, pero no todo allí está dicho. La preocupación del autor es quizás del lado de una ética, de una moral republicana buscando crear un nuevo ciudadano para la democracia naciente luego del fin de la dictadura. Al hablar de modernidad no todo está dicho como la idea de cambio. De tal manera que se puede estar dando la idea de estar contra la modernidad y a su vez predicar desde su racionalidad por un mejor Estado y un mejor par ético-moral en la sociedad que a él le tocó vivir. Entre los términos o enunciados más comunes en su texto destaca el de crisis para dar sus visiones nacionalistas. Lo utiliza como su pivote discursivo referencial. Esta acotación se hace para evitar confusiones respecto al manejo de categorías discursivas propias del debate entre lo moderno y lo postmoderno, entre lo deseable y lo emergente, confusiones bien comunes en escritores pensando con categorías de la modernidad ilustrada de origen kantiano y afirmando en sus planteamientos estar contra el progreso.

Si estas ideas las vinculamos con el método de Irragorry quien une tradición con signos de lo nacional, veremos cómo leyó la modernidad Don Mario. En este aspecto es válido mostrar lo siguiente:

Confundiendo tradición con involución, muchos han querido ir, en aras del progreso, contra los valores antiguos... El odio que fue necesario exaltar como máquina de guerra durante la ciclopea librada por nuestros padres contra la metrópoli peninsular, subsistió en la conciencia nacional por prenda de <patriotismo> durante mucho tiempo después de compuestas las paces entre la antigua Corte y la flamante República. Olvidados ciertos críticos de que el venezolano, más que continuación del aborigen, es pueblo de transplante y de confluencia, cuyas raíces fundamentales se hunden en el suelo histórico de España (...) (Iragorry, 2004, P,11-12)

De ambas visiones de lo nacional cabe preguntar: ¿Leyó Don Mario a Venezuela dentro de las virtudes de la modernidad al nombrar a España como referencia de ella en Europa? En algunos momentos sí, en otros no; es decir que a ese respecto y en la temática él fue sincrético, entendiendo por tal ese término moderno que define la fusión entre elementos religiosos y filosóficos considerados heterogéneos. Sincretismo es la unión de opiniones diversas que carece de una selección coherente. En este sentido, para Don Mario es válido mantener una tradición axiológica venida de España, pero a su vez la idea de Progreso es criticable, ignorando, a su vez, que todo ello configura un cuadro valorativo del proyecto de la Ilustración, conocido como modernidad ilustrada, es decir de la Modernidad que como término viene circulando en los textos del debate con la postmodernidad. Esa es una cualidad política de este autor quien se desprende de las críticas al llegada del español y de las bondades de lo autóctono jugando a las cualidades del evento. Por ello los valores de la cultura del español no le son indiferentes.

El texto escogido para este trabajo: *Mensaje sin destino*, lo que de hecho ya lo anuncia como algo similar a la red de navegación donde el destinatario no tiene rostro definido, se inicia con una referencia a Arturo Uslar Pietri, cuando éste regresaba de regentar la cátedra de Literatura Hispanoamericana en Columbia University y habló de crisis literaria. El vocablo crisis lo maneja Irragorry con cierta frecuencia a lo largo de su obra, con él muestra sus preocupaciones político-sociales y, a su vez lo que entiende por tal. La ciencia social ubica el término crisis desde la imagen de un camino que tiene al final varias bifurcaciones sin señales definidas para quien lo usa; es un vocablo tomado en calidad de préstamo de la práctica médica cuando se ausculta el cuerpo humano para leer el color de la sangre del enfermo (roja, negra, amarillo o combinación de ellos.)

En los orígenes de la medicina eran los humores mezclados con tejidos y sangre donde importaba mucho el color y desde donde el médico construía su diagnóstico. De acuerdo a si era rojo, morado, negro o amarillento podía haber gravedad y riesgo, de allí la importancia de la mirada auscultadora que le daba poder de decisión al médico. En efecto, algunos filósofos lo usan como sinónimo de juicio o decisión sobre algo donde no hay seguridad ni certeza en la decisión. Se piensa que la idea de crisis resuelve una situación límite, de inseguridad ontológica o del ser. En fin, al vocablo crisis se le asignan señales mágicas. Sin embargo, para Don Mario sólo él podía interpretar tal cuadro, llamado crítico, y por lo tanto podía administrar las prescripciones respectivas desde su discurso literario-político. Aún hoy la medicina utiliza el término, pero con la ayuda del saber tecnológico donde cada señal tiene un código diseñado por la historia de los saberes que agrupan la medicina humana. Irigaray es preciso en su idea de crisis: ¡"Cuántas veces tendré necesidad de escribir la palabra y de exponer el concepto de crisis!" (Irigaray, 2004, p.5)

Ciertamente que en forma de concepto no aparece su descripción, sólo en forma alegórica, pues pareciera que él lo asume por referencia a los presupuestos discursivos del saber médico de su tiempo donde era manejado como lugar de reflexión. Con esto no pretendo increparle a Don Mario una ligereza, sino constatar que era común en su contexto intelectual dar las palabras y presumir que todos en la comunidad sabían de qué se trataba.

Al momento actual, y no siendo especialista en su obra, ignoro cuál es su concepto de crisis y, si es distinto del aquí expuesto por mí para el trabajo en curso. Ello es de gran utilidad para ponerle la mano al debate, desde la obra de Don Mario, entre Modernidad y postmodernidad. ¿Por qué? por la sencilla razón de que en algunos textos él defiende la tradición en los valores obtenidos de España y en otros cuestiona la idea de progreso en Venezuela luego de

la coexistencia entre lo rural y lo urbano al llegar la industria petrolera. Eso de hecho es un aporte al debate teórico aludido.

Debatir este aspecto es importante para una sociedad como la nuestra donde vendemos el principal producto (petróleo) que mueve la máquina del capital moderno y postmoderno y, a su vez pretendemos construir muros axiológicos a esa máquina en nombre de un socialismo que aspira regresar al modo de producción aborígen. Aquí quizás esté otra franja de la crisis que Irigaray intentaba mostrar con cierta nostalgia por el valor de la tradición cultural que él conoció en lo interno y en sus viajes al exterior. En su tiempo eran inimaginables los efectos de la sociedad de consumo, los centros comerciales y el valor del dinero como íconos de la lógica del capital. Sin embargo, sí asomaban algunas consecuencias del relativismo ético-moral y el abandono del campo para inundar las nuevas ciudades.

En ese aspecto su visión teórica es indudable, sobre todo si leemos algunos efectos perversos que chocan hoy: confort, seguridad, tolerancia e intercambio de la palabra frente a aislamiento productivo, e imposición de productos foráneos como él los visualizó: "...Como los asnos de la fábula no pudieron alumbrar el oscuro poblado, así fuesen cargados de aceite, nosotros soportamos colectivamente la carga de la luz para provecho de otros ojos" (Irigaray, 2004, p. 74) Esta es una clave crítica de la modernidad que tiene en el término luz una de sus imágenes centrales, pudiera leerse así un tema postmoderno en el texto escogido.

¿CRISIS DE PUEBLO O EFECTOS DE LA MODERNIDAD?

Regresando al término crisis, Don Mario habla de "crisis de pueblo", algo así como si el pueblo en sí no estuviera viviendo en dilemas, sino que el asunto estaba en averiguar cómo muestra sus valores derrumbados en los nuevos tiempos del proyecto político de la modernidad ilustrada en su idea de democracia representativa. Esta idea es pertinente y genial, no sólo en

su tiempo, sino en la coyuntura postmoderna del momento que vivimos. De una parte porque él le supo dar el lugar desde dónde podía hablar de crisis socio-política y hasta literaria y, con ello marcaba una diferencia con la idea de crisis de Arturo Uslar: "... Y justamente no somos <pueblo> en estricta categoría política, por cuanto carecemos del común denominador histórico que nos dé densidad y continuidad de contenido espiritual..." (Iragorry, 2004, p, 5)

En ello va la idea de liberación del yugo español, pero donde aún falta algo o sobran muchas cosas como para atrapar un trabajo intelectual desprovisto de sincretismos. En efecto, esa modernidad expresada al interior de la sociedad venezolana en: contrarreforma, partidos políticos, dictaduras, constituciones, libertades, comunicaciones, trenes, radio, semáforos, imprenta y otros; no se nos dio como sí a otros países de América, traducida en calidad ética-moral en la vida cotidiana. De allí el llamado de atención de este trujillano ante la pérdida de las tradiciones. Precisamente es la confrontación entre tradición y posmodernidad desde donde el debate tiene que fijarse si se aspira a contribuir a una nueva era política-social. De aquí que en el balance entre la política expresada por lo civil frente a lo militar, se vea en la producción intelectual de Don Mario como crisis de pueblo, por extensión crisis de ciudadanía y, de allí que en clave postmoderna eso puede ser interpretado como crisis de la razón moderna en la construcción de una ciudadanía con calidad democrática:

Nosotros, lejos de perseguir fórmulas que nos pongan en el dominio de las fuerzas tradicionales, intentamos destruir de raíz el estilo de vida de la comunidad, cada vez que el azar nos permite influir en el destino social o cultural de nuestro pueblo (...) (Iragorry, 2004, p, 46)

El discurso postmoderno utiliza bastante el término azar para afirmar que las certezas no existen. En el texto se observa con frecuencia el llamado de Don

Mario para destacar que al lado de las constituciones liberales, democráticas y positivistas, convivieron dictaduras atroces y se institucionalizó la mentira como clave política. En el mismo aparecen ideas mostradas como metáforas descriptoras de síntomas donde lo tradicional pareciera ser el choque los cambios y la defensa de tradiciones impuestas por el poder de turno:

(...) Como colectividad siente poco el pueblo la sombra de su esfuerzo sobre los muros del tiempo. Le han enseñado sólo a verse como masa informe que sirve de cauda disciplinada y sufrida a los mlites que hicieran a caballo las grandes jornadas de la guerra. La historia bélica, que hasta hoy ha tenido preferencia en la didaxia, ha sido para el pueblo venezolano como centro de interés permanente, donde ha educado el respeto y la sumisión hacia los hombres de presa (...) Ha faltado el ensayo que presente la obra del pueblo civil como factor de hechos constructivos (...) (Iragorry, 2004, p, 7)

El texto escogido muestra reflexiones que por momentos invitan a superar ese caos tradicional de poca autonomía y libertad del pueblo, lo que pudiera leerse como búsqueda de valores modernos definidos por el esfuerzo propio para construir su propia historia. En el Laberinto de la soledad, texto ampliamente conocido de Octavio Paz, se define la modernidad como sinónimo del desarrollo, ello quiere decir libertad y democracia pero también lógica capitalista. Quiere decir desarrollo científico-técnico. Sin embargo, eso es visto por Don Mario como sinónimo de lo no-conveniente y; sin embargo, la tradición de España en algunos valores sí es defendiendo por él incluso con la referencia de otro lugar como México, donde curiosamente también, según O. Paz, la modernidad devino opaca. Veamos lo que Iragorry dice:

(...) Fenómeno no sólo venezolano, sino americano, aquella posición ha servido (se refiere Don Mario a esa tendencia a olvidar las raíces valorativas adquiridas de España) con lucro para fuerzas

extrañas, como elemento desfigurativo de la historia general del continente inologispánico. Silvio Zavala, campeón en México de la corriente contraria, me manifestaba en 1946 que había sido más fácil en Venezuela que en su país abrir el proceso de reevaluación del periodo hispánico de nuestra historia, y eso que allá hombres de la calidad de Justo Sierra jamás negaron los valores coloniales. (Iragorry, 2004. p13)

Al respecto hay un texto de Octavio Paz: América, ¿es un continente? que puede guiarnos por ese debate:

(...) los americanos somos hijos del sueño de Europa tanto como de su sangre. Empezamos a existir apenas; existir, en la historia y en la vida, es, ante todo, construir una casa, lo suficiente generosa y flexible para albergar nuestros amores y nuestros odios, nuestros sueños y nuestras peleas. Pero como vivimos, no en un continente, sino en islas, atrozmente lejanas, nos desconocemos tanto que ni siquiera nos odiamos; (Ledesma, 1996, p, 429)

Con esta interdiscursividad pretendamos mostrar que esa dicotomía entre admitir los valores coloniales y oponerse a ellos, presente en algunos intelectuales define en el fondo ese carácter sincrético respecto a los valores de la modernidad. Valores que por una parte se aceptan, caso de Don Mario, y por otra parte niegan el proceso modernizador del progreso con toda la carga valorativa que la lógica irracional del capital le impone a una sociedad heredada de las luchas independentistas, de la que Venezuela, por su producto de venta de exportación que es el petróleo, le imprime. Este dato, que si bien puede utilizarse como una intuición crítica de Don Mario, donde coincide con la crisis de la Modernidad, también pudiera dar un punto del debate desde el ángulo de la postmodernidad.

LA OBRA DE DON MARIO EN CLAVE POSTMODERNA

Con esa multiplicidad de vías que se observan en sus enunciados interesa observar la constante del enunciado crisis en tanto un

camino con varias señales donde no se sabe con certeza por dónde irse con exactitud. Iragorry admite que “Pese a que exista dicha crisis, ella no debe llegar hasta abolir toda fe en los valores populares y convertirlos en apóstatas de la República” (2004: 38) Donde su claridad teórica, para su tiempo, lo colocaba en el espacio de un crítico oportuno. No es que el discurso posmoderno sea una metodología que permite entrarle críticamente a cualquier texto, sino que en su versión básica: “una crítica a la modernidad” admite jugar con sus nociones y conceptos desde un macro discursos como el de Mario Briceño. De allí que cuando él se refiere a los partidos políticos lo hace con una visión crítica que no hace hoy y sino darle sentido al posmoderno cuando habla de la muerte de la política: “La crisis de nuestros partidos históricos acaso derive de esta causa (se refiere a la crisis ético-moral para darle vida a lo colectivo) Nuestra política anterior a 1936 había degenerado en política tribal. El viejo cacique que se comprometía a sostener a un jefe...” (2004-36-37)

De tal manera que aquello fuerte de la modernidad: su lectura de la ética, ya don Mario la leyó débil en su tiempo, tal como hoy la posmodernidad lo afirma en su frase simple, pero preocupante: “Todo vale”. Otro aspecto que toca lo identitario es la trasculcurización como fenómeno histórico que afecta los valores de una sociedad. Estudiosos de la obra de Mario B. Iragorry del Centro de Investigación que lleva su nombre en la ULA-NURR, como Domingo Miliani y Luis J. Hernández, lo muestran en textos con sentido crítico al progreso de la modernidad. En el trabajo que usted lee, sólo se muestran indagaciones con algunas claves de la investigación postmoderna, sobremanera buscando realzar y sintonizar con estos tiempos de derrumbe aspectos importantes de su obra. Por ello se dieron algunas claves. Una muestra clásica está en Andreas Hyyssen en un artículo publicado en 1981, con el título: “The search of tradition: Avant-garde and Postmodernism in the 1970's” y traducido por Antoni Torregrossa: Vanguardia y postmodernismo en los años

70 (Picó, 1988) El dato interesante es la idea de transculturización y que Irigaray muestra en su obra que, con los textos posmodernos podemos interpretar hoy:

(...) una diferencia capital entre los Estados Unidos y Europa en los años 60 es que los escritores, artistas e intelectuales europeos eran entonces mucho más conscientes de la cooptación creciente de todo el arte modernista y vanguardista por la industria de la cultura..." (Picó, 1988, p, 147).

Salvando las distancias discursivas, esa idea es posible identificarla en la obra de Don Mario como preocupación intelectual preocupado en la sociedad de su tiempo. Entendido aquí cooptar como término irónico designando el llenado de puestos vacantes en una corporación por medio del voto de sus miembros tal como la política devino en Venezuela. Tenemos que admitir que la industria cultural, al igual que en las otras ramas del saber, fue motivo de preocupación de ciertos espíritus críticos. La industria como punta de lanza del progreso tiene como fin último desplazar tradiciones, sustituir valores, aplastar resistencias. Es ese síntoma el que con más fuerza inquieta la idea de historia, de pueblo, de sociedad y de lo político que muestra Irigaray en el libro *Mensaje sin Destino*.

Esa cultura del graffiti del Mayo de 1968 en Francia para decir que se tomaba el cielo por asalto, aunque buena parte de su dirigencia luego se asimiló al poder que intentaban derribar; o el Kitsch (esa moda de mal gusto) que nos muestra cierta postura posmoderna, entraron en un momento donde lo político y la política se plegaron a cualquier idea de progreso, de desarrollo, de democracia. Idea donde se validó el ataque al llamado arte culto, con el agravante de la ausencia de una fuerza necesaria para oponerse. Al menos el ser testigo de lo que ocurre en este siglo XXI permite hacer tal afirmación. En el caso de Don Mario, la preocupación tiene su raíz intelectual en esa Europa que captó en sus miserias y grandezas:

La tradición es la onda creadora que va del ayer al mañana, y sin consultarla, no crecerán para lo por venir las sociedades. (...) Pero la tradición, lejos de impedir el avance de dicho espíritu (se refiere Don Mario al espíritu de transformación generacional) es el módulo que determina su progreso" (Irigaray, 2004, p, 20)

Enterrar tradiciones, oponerse al pasado, ironizar el futuro y exaltar el presente son claves postmodernas que la era del petróleo aceleró en nuestra cultura. Ello no es ni bueno ni malo, ni deseable ni indeseable. Todo dependerá del lugar desde dónde se formulan las críticas para mostrar las ideas. Pensemos en el vínculo: progreso-modernidad-globalización. Esa triada con la llegada de la industrialización en sus fuerzas y debilidades nos atrapó con su razón técnica e instrumental. La Venezuela de hoy, luego de lo que dijo Don Mario, ni siquiera ha podido diseñar un Estado con instituciones fuertes y claras como la modernidad ilustrada nos indicó en los textos de un Kant o las ideas de Rousseau. Un estudioso del tema postmoderno en Venezuela es Rigoberto Lanz, quien en su texto: *La deriva Postmoderna del sujeto, Para una Semiótica del poder* (1998) nos dice lo siguiente:

El problema hoy es que las ideas-fuerza de la modernidad entraron en crisis. Todo el proyecto civilizacional sustentado por la Ilustración llega al siglo XXI exhausto. El discurso posmoderno se afina precisamente en la decadencia de los valores iluministas, en el colapso de las promesas salvacionistas de todas las ideologías que han ido y venido desde el siglo XVIII. (Lanz, 1988, p, 142)

Don Mario visualizó aspectos salvacionistas del discurso de la modernidad Europea y, luego en Venezuela registró estos síntomas:

(...) cuando éramos una modesta comunidad de agricultores y criadores, y aún cuando fuimos una pobre colonia de España, nuestra urgente y diaria necesidad de comer la satisfacíamos con

recursos del propio suelo. Hoy el queso llanero ha sido sustituido por el queso Kraft; la arveja andina, por la judía ecuatoriana; la cecina de Barcelona, por carnes del Plata y Colombia...” (Iragorry, 2004, p, 74)

Desde ese texto al momento actual la situación es mucho más visible y compleja, la dependencia alimentaria del exterior es mayor. Con un dato puntual: los precios del petróleo de ahora ni el mismo Don Mario los imaginó. Sin embargo, allí se ignora un dato que es constante en la reflexión de los intelectuales venezolanos del siglo XX, sobre todo cuando diferencian las condiciones de trabajo del campo Norteamericano y Europeo respecto al venezolano y, en algunas regiones de América Latina. Como si fuese válido, desde el lado de una mínima racionalidad centrar todos los lados criticables del progreso en un continente o una nación:

(...)Y como las culturas latinoamericanas han demostrado resistir al proceso de globalización, bajo la forma de resistencia cultural, (negritas en el original) a veces nos encontramos más bien con el retorno a las actividades agrícolas, de espaldas a la industrialización, al progreso y al desarrollo en compatibilidad más bien con actividades ecológicas de preservación de la naturaleza. (Rivero, 1997, p, 147)

En América Latina siempre ha persistido la idea de otredad, entendida como la existencia, entre nosotros de otra realidad, que debería incluirse como parte de nuestra tradición por vivir de héroes, mitos y leyendas; eso debería haber sido respetado por la modernidad venida de Europa. No fue así y el sincretismo de estar entre un pasado y un por-venir nos atrapó con todos sus defectos. De tal manera que la clave postmoderna tiene su raíz en una crítica a esa sintomatología de invasión de productos foráneos de una modernidad identificada con invasión cultural, explotación del trabajo, industrialización y progreso dirigido por la lógica del capital, hoy con el nombre globalización.

Intuiciones intelectuales presentes en el discurso de Don Mario, y un llamado de otros críticos contemporáneos por el agotamiento de las promesas modernas de igualdad, fraternidad y libertad. Lo que no niega el debate de qué es lo que nos conviene más en estos tiempos de crisis global de valores presupuestos duros para lograr el bien común en la sociedad. No es fácil lograr un equilibrio en estas visiones de lo moderno y postmoderno. Pareciera que el papel del intelectual, en estos lugares, sea darle cuerpo a lo que una vez dijo Octavio Paz: “... la doble y complementaria tradición de la democracia y el pensamiento crítico, los dos elementos centrales que conforman lo que llamamos modernidad” (Ledesma, 1996, p, 445)

Así, crítica, defensa de tradiciones y democracia fueron preocupaciones de intelectuales como Mario B. Iragorry, sólo que en aquellos impactos del poder de la industria cultural estaban bien desprovistos de ciertas herramientas como para que la crítica fuese más allá de la simple percepción de opositores del progreso y la nueva época. En este sentido y para dar otro aspecto del reencuentro con el texto de Don Mario que nos ocupa, allí hay frases críticas a una manera de leer lo histórico, el pueblo y la historia.

Si recordamos que él escribe en pleno contexto de la modernidad, es difícil que no pueda calificársele de moderno. Varias vías existen en el mundo de la ciencia social para lograr ubicarlo; aquí se muestran las siguientes: arquetipo, arcaico, periodicidad histórica y repetición. Es desde allí que él hace su resistencia cultural a ese hombre histórico que pretende ser visto como autónomo por la historiografía oficial. Cuando él defiende una axiología venida de España y que es necesario definir como arquetipo frente a los defensores de un odio a todo lo que trajo el invasor, marca un referente importante. Hay un texto de Mircea Eliade que confirmaría esta idea:

Así, para el hombre moderno no constituye el tipo de un ser libre ni el

de un creador de la historia. Por el contrario, el hombre de las civilizaciones arcaicas puede estar orgulloso de su modo de existencia, que le permite ser libre y crear. Es libre de no ser y lo que fue, libre de anular su propia historia, mediante la abolición periódica del tiempo y la regeneración colectiva (Eliade, 2003, p. 151)

En este cuadro entraría bien un nuevo debate entre los defensores de la leyenda negra y la leyenda dorada, entre un retorno a lo nuestro que quedó atrás luego de ido el invasor, aspectos estos que configuran el cuerpo de la crisis que observó Don Mario en la construcción de la institucionalidad democrática, de las instituciones políticas y de nuestra ciudadanía y, que aún no se ha resuelto.

Bibliografía:

- ELIADE, M. (2003) *El Mito del Eterno Retorno*. Alianza Editorial. Madrid.
- FOSTER, R. (2003) *Crítica y Sospecha. Los Claroscuros de la Cultura Moderna*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- IRAGORRY, M. B. (2003) *Pequeño Anecdotario Trujillano*. Fdo. Cral. Arturo Cardozo. Trujillo-Venezuela.
- _____ (2004) *Mensaje sin Destino*. Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- LANZ, R. (1998) *La Deriva Posmoderna del Sujeto. Para una Semiótica del Poder*. UCV.CDCHT. Caracas.
- LEDESMA, R. X. (1996) *El Pensamiento Político de Octavio Paz*. Plaza y Valdés. México.
- PICÓ, J. (1988) *Modernidad y Postmodernidad*. Alianza Editorial. Madrid.
- RIVERO, C. I. (1997) *Marxismo Crítico y Postmodernidad*. Fdo. Editorial A.L.E.M. Los Teques Edo. Miranda. Venezuela.
- VATTIMO, G. (1995) *El Pensamiento débil. Cátedra*. Madrid
- URDANETA. O. S. (1999) *Literatura Hispanoamericana*. Monte Ávila Editores Latinoamericana. (Dos Tomos) Caracas.

